

DÍAS DE CORONAVIRUS

Jorge Ferrer (Bauta, 1967). Traductor literario, narrador y periodista. Es autor de *Minimal Bildung* (Catalejo, Bokeh). Ha traducido del ruso a Vasili Grossman y Svetlana Aleksiéovich, Iván Bunin y Vasili Rózanov, Aleksandr Herzen y Guzel Yájina. Sus crónicas, entrevistas y ensayos han aparecido en *El Mundo* y *El Estornudo*, *Letra Internacional* y *World Literature Today*. Vive en Barcelona.

Jorge Ferrer

DÍAS DE CORONAVIRUS

UN ITINERARIO



De la presente edición, agosto de 2020

- © Jorge Ferrer
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Ladislao Aguado
Imagen de portada: Flavio Garcíandía
De la serie *In COVID-19 Times*, marzo de 2020.
Fotografías: Marlene Rodríguez
Maquetación y corrección: Editorial Hypermedia
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-58-4

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Víctor Batista Falla, editor, in memoriam.

PRÓLOGO

PALOMOS COPULAN EN EL TECHO DE LA IGLESIA

En el encierro, un hombre sabe por fin cuántos hombres ha sido, y qué cantidad de tiempo es capaz de habitar valiéndose solo de sí mismo. A través de este diario de cuarentena, justo cuando un virus aplana lo real, achata al mundo con las tenazas del tedio y la muerte, Jorge Ferrer rasga el velo de su vasta intimidad, el festín de una sensibilidad múltiple.

Pude, no sin fortuna, asomarme ahí antes que los demás. Fui el editor de esta serie (ahora libro), publicada en su momento a razón de una viñeta diaria en *El Estornudo*, la revista que timoneo. Uno hubiese querido, si no hubiera en ello un matiz sospechosamente alevoso, que Ferrer siguiera encerrado algunas semanas más, exprimiendo con fina precisión verbal ese personaje entrañable que él mismo es. Un exiliado cubano en Barcelona, traductor del ruso, hipocondríaco, genuino sibarita, entre generoso y vitriólico, graciosamente neurótico y, al mismo tiempo, practicante de una discreta y alta justicia.

Mientras el virus se expande por el mundo, los números de las víctimas crecen, los tecnicismos epide-

miológicos se vuelven parte de la lengua vulgar y los tejemanejes de la geopolítica suceden como un monótono teatro de fondo, Ferrer trabaja con un manuscrito de Vasili Grossman al que le han sido devueltos por fin aquellos pasajes tachados por la mano de hierro de la censura soviética. Hasta última hora, Ferrer mantiene ese reducto en pie. No olvidemos que, todo lo que este diario cuenta, está contado por un hombre que, en paralelo, traduce a Grossman, y enmienda la injusticia cometida sobre otro hombre por la máquina del poder.

A veces, algunas líneas de esa pelea desigual entre Grossman y sus censores se dejan caer en este diario. A Ferrer lo acompañan en su gesta dos fieles secuaces. El cuadro familiar es conmovedor. Está el perro Bruno, un *frenchie* torpe y bonachón, y la esposa M., que es también su conciencia, quien rebaja al presente despojado de gloria, con ciertos comentarios mínimos, algunas empresas quijotescas que Ferrer tiene que acometer durante la cuarentena.

Hay un pasaje desternillante, uno entre tantos, en el que Ferrer, «Ulises en el mar de la pandemia», cuenta los innúmeros obstáculos que debe sortear para llegar hasta el apartamento de un amigo que se ha ido a pasar la peste a otro lugar, y una vez allí vaciar la nevera de «embutidos y quesos, salmón y carne de cangrejo, *burrratas* y tomatitos cherry, lasañas y anchoas, helados y filetes de atún». Todo para su solaz. Sentimos, por otra parte, la angustia de quien ha tenido que atravesar la ciudad, de quien se ha enfrentado a la intemperie donde el virus extermina y ha tenido igualmente que evadir una legión de zombies catalanes, algunos de ellos independentistas, que pululan sin rumbo y babean el gorjeo de su responso último.

Como souvenir, Ferrer ha tomado del librero del amigo *La caída de Constantinopla 1453*, de sir Steven Runciman. Así que lo vemos enfrentar temporales con semejante escudo encima. Ya en casa, milagrosamente de vuelta, emocionado, pálido, y enjugándose una lágrima, Ferrer parece ante el pragmatismo de M. «Exageras», le dice ella, pues nuestro protagonista vive en el inmueble número 11 de la calle, y su amigo apenas en el 15.

Por encima de los placeres dados y pospuestos, del latiguillo cascarrabias, del apunte perspicaz, del comentario erudito, del vago pesimismo o del sonoro entusiasmo ocasional, es el apabullante sentido del humor el lugar de máxima potencia de este diario, allí donde su vitalidad se cuece. Ferrer sabe burlarse de sí mismo, sabe escribirse. Desconoce la solemnidad, pero se entrega sin tapujo al homenaje de quienes lo merecen: Joseph Brodsky, Andréi Tarkovsky, Víctor Batista, Octavio Armand, una casa en San Antonio de los Baños.

Aquí se pueden leer líneas así, emanadas de una inteligencia que se viste de frac:

1) *«Números de hoy: el precio del barril de Brent cayó a 22,58 dólares esta mañana, la cota más baja en los últimos dieciocho años. Es un día magnífico para comprar barriles de petróleo, pero tengo el cuarto del fondo lleno de patatas y botes de gel desinfectante».*

2) *«La pandemia promueve la indolencia y provoca que los gordos dejen de esconderse para tomar helado».*

3) *«Me interesaba mucho más [Ai] Weiwei cuando creía que era una mujer entrada en carnes y nunca me recuperaré de la decepción que sufrí cuando me demostraron lo contrario».*

En la cuarentena de Ferrer el tedio se desdibuja, el encierro está lleno de vicisitudes, y la mirada se aguza. Quizá el momento capsular del ingenio y la variedad de recursos de Ferrer ocurre cuando observa un palomo copular «con una paloma en el techo de la iglesia de San Carlos Borromeo (...) Tienen una curiosa manera de follar esos bichos. El tipo se encarama sobre la hembra como en equilibrio. Un poco como la niña en *La acróbata de la bola*, el cuadro de Picasso que guardan en el Museo Pushkin de Moscú». El estilo lúdico estalla y la referencia nos remite a una libertad esencial. Luego ese estilo vuelve a cerrarse sobre sí: «Para lo que uno le sabe al contento de los machos que copulan, el palomo no parecía muy contento con la situación».

Imagino a Ferrer, quien menciona a Messi en estas páginas, como un futbolista virtuoso al que le basta una losa para mostrar su destreza. La esconde, la amarra, la suelta, la trae, la engancha, la filtra en profundidad. «El virus muta y así irá mutando el aliento de estas crónicas, que es la masilla de su estilo. Y mutaré yo mismo», dice.

La cepa de la palabra: esa evolución emocionante es la que viene a continuación.

CARLOS MANUEL ÁLVAREZ

DÍAS DE CORONAVIRUS
UN ITINERARIO

The more interesting facts regard to Viktor's or to the 1936 edition, to follow the third ver-

mas wrote that there were views, stenograms of meetings. A comprehensive study of the editions could easily to a brief mention, chapter

1934. They are identical to the third version, the family grief over the dead com- in his knapsack, even the contents of the field version. The gram paragraph begins also from this version. So are Publisher's notes the Germans and the passage about the cottage kitchen chimney. The text included in by the Václav (1945) has having got to know each other in Paris at most instances where the published one of most instances where the published one had contained in the domain. In the pub- lish no better, stronger or weaker and only one to have wanted to tone everything down. Anything more or about in the third or even. In the published version of this chapter, some to the published version of this chapter, some to the published version of this chapter, some to the published version of this chapter.

Una vez encaramado en el tejado, Vavilov miró involuntariamente en direc- saúcos y serbales, situada más allá del pueblo y sobre cuyas laderas se veían u el suelo. Por un instante se sintió culpable ante sus hijos, ante su madre muerta tiempo de ocuparse para arreglar la cruz. Su sentido de responsabilidad (la su) habría de arar aquel otoño y para con su esposa, sobre cuyos hombros dejaría t ces le había correspondido a él, acrecentó en Vavilov aquel sentimiento de culpa. las isbas con sus patios, el bosque oscuro a lo lejos y el cielo alto y despejado: e corrido su vida. De entre todo cuanto veía destacaban la mancha blanca del colí sas ventanas brillaba el sol, y la larga pared del establo de la granja, asimismo d ¡Cuánto había trabajado sin siquiera tener unas vacaciones! Sin embargo, jan los cuatro años de edad, a pesar de caminar dando tumbos a causa de sus pierr gansos. Cuando su madre cosechaba patatas en el huerto, él la ayudaba escarban dedos en busca de algún tubérculo que hubiera pasado desapercibido, y lo llevaba la adolescencia, guardaría ganado, removería la tierra del huerto, acarrearía agua, leña. Luego se hizo arador y aprendió a segar y a manejar la cosechadora. También hizo de carpintero, de cristaleror, de afilador de herramientas, de cer remenado zapatos, desolló ovejas y caballos muertos, curtió las pieles de las que fue bró tabaco y construyó estufas. ¡Y qué decir de los trabajos para la comunidad! Fue bre, sumergido en las frías aguas del río, participó en la construcción de una prei demás empedró la carretera, abrió zanjas, amasó barro, partió piedras para la o granero comunales, cavó depósitos para guardar las patatas propiedad del koljós. grano, cargó costales en cantidades enormes. Taló en el bosque, desbastó y trans de roble para la edificación del nuevo colegio. Clavó innumerables clavos y siempre o una rúla en la mano. Durante dos temporadas trabajó en la extracción de la turba

33746 palabras Español (España) Escribe aquí para buscar

24w

Старушка
[I II III]
1943.
X Hand
XI Авогу x савиць.
XII Беба на возаре
XIII Мелу на возаре
XIV Маше на возаре
XV Старица в доуды

Desperté con un ánimo estupendo, no sé por qué. Le pedí a Alexa la sintonía de la cadena COPE. Carlos Herrera tenía a Casado, centroderecha. Se hablaba del virus y del Gobierno de España. Me incorporé y miré a través de la ventana. El paisaje de cada mañana —los techos de la iglesia de la calle San Luis, los aseados balcones de mis vecinos de manzana, un trozo de cielo azulísimo—, no indicaba corrupción alguna en el territorio de la salud o las pasiones. Pero una inquietud, un leve desasosiego, me incomodaban... «¡Alexa, calla!», le ordené al cacharro.

Me duché, tomé un café con leche. Ya sonaba música. Me había ido a dormir leyendo las noticias de Otero Alcántara, un *performer* preso en La Habana. Cuba, cada vez más distante, se me torna próxima a veces, cuando me coge con las defensas bajas. Cuba, como un virus latente. O durmiente, como los terroristas de cuando esto no lo llevaba la OMS.

M. ya ha marchado al que será su último día en la oficina. Desde allá me envía una lista de cosas que com-

prar para el encierro en el que nos recogeremos dentro de unas horas. La lista, donde todo es muy básico, rancho de emergencia, tiene un inquietante aire prebélico.

A medida que avanza el día crece la alarma en los hilos de Whatsapp. Apenas me asomo a los titulares, porque quiero mantenerme sereno. Hoy comienzo un trabajo que requerirá toda mi atención. No puedo permitirme distracciones.

Paseo a Bruno poco antes de las dos de la tarde. Todo parece rotundamente normal ahí abajo. Pero solo a primera vista. Hay un no sé qué de alarma en los transeúntes que se transmite mediante cierta sobreactuación. Saludan con demasiado énfasis, diría. Compró lo que M. encargó y además pan y un par de hamburguesas para comer solo en casa. Descubro que Movistar ha suspendido la emisión de la señal de FOX News, de manera que veo CNN mientras como. Por lo del segundo Supermartes. Me alegro de que la gente aúpe a Biden en contra de Bernie Sanders. Después, antes de volver a la mesa de trabajo, pongo Telecinco, la sima y a la vez cumbre de España que es *Sálvame*, donde un médico dice: «España es un país muy limpio... Estamos entre los ciudadanos más limpios de Europa».

Vuelvo al trabajo. Tengo en la pantalla copias fotostáticas de los manuscritos de *Stalingrado*, la primera parte del díptico de Vasili Grossman que cerró *Vida y destino*. Robert Chandler y Yury Bit-Yunan han comparado las sucesivas versiones del manuscrito a su paso por la censura y las ediciones publicadas en vida de Grossman y han fijado un texto definitivo del libro. Tengo delante sus notas, casi un millar, y me toca completar, enmendar, enlazar allí donde se produzcan supresiones, adiciones, sustituciones, etc., en el manuscrito de la traducción española

de Andréi Kozinets que publicó Galaxia Gutenberg hace unos años. Es un trabajo más de carpintería y soldadura que de mera traducción el que me toca esta vez. Y necesito andarme con mucho cuidado para no pasar nada por alto. Trabajo unas tres horas sin apartarme de la mesa esta vez. Me ha conmovido siempre el martirio civil de Grossman. Su voluntad de sacar adelante esos libros mayúsculos que son *Stalingrado*, que se publicó finalmente como *Por una causa justa*, y *Vida y destino* contra todos los obstáculos. Pero no puedo dejar que esa emoción se filtre en el trabajo que hago, que es puramente técnico. El resultado de mi trabajo es magro, porque me resulta incómodo cotejar las notas y los originales con todo el material en pantalla, de manera que escribo a la editorial para que me envíen los manuscritos impresos, un millar largo de folios.

Vuelvo a Whatsapp e intercambio un par de bromas con amigos: «No me negarás que es un gran momento para nosotros», le escribo a uno, «que al fin toda España reconozca que la solución a nuestros problemas es la imposición de la distancia social». Otro, César, me avisa de que huye a Cuba a esperar que pase la epidemia. «Me volvería loco encerrado aquí solo», asegura. La llegada de la peste fomenta la repatriación, que es un nombre de pila del olvido.

Cuando comienza a caer la noche, conozco que la OMS encarama el brote a la categoría de pandemia. La alarma se ha alzado ahora oficialmente a espanto. Echo un vistazo a la prensa italiana, donde el virus ya campa a sus anchas, al ambiente de alarma y desolación que recrea.

Huyo de los datos, porque no quiero contar muertos, sino cosas. Pero los datos se cuelan por todas las rendijas. Los números de la peste que se extiende.

Bajo a la calle poco antes de las nueve de la noche. Necesito tomar un poco el aire. Y Bruno, mear. Me

tropiezo con unos vecinos. No queremos compartir el ascensor y disimulamos. No llevamos mascarillas. Ha muerto gente y morirá mucha más, pero todavía estamos en el borde, el límite, la frontera y apenas conseguimos adivinar lo que nos depara el mañana.

Bruno se estremece al llegar a la esquina donde el paquistaní de la tienda de abajo espera a los últimos clientes que no llegan.

«*Are you okey?*», le pregunto.

«*I could fly to Pakistan to wait 'till all this goes away*», me dice pensativo.

«*Try Cuba, they are free there*», le sugiero y toso en el interior del codo.

Y después pienso, al venirme a la cabeza lo del *performer* preso, que debí aclararle que *free* del virus, no *free* lo que se dice *free*. Pero ya estoy subiendo a encerrarme en casa otra vez. De una vez.

Esta medianoche nos habrán encerrado en casa. A partir de mañana, M. trabajará desde aquí y tan solo saldremos para bajar a Bruno. Sus necesidades.

Hoy se anunció aquí el estado de alarma que entra en vigor en toda España. Y ahora está en todas las portadas que el Niño Trump ha declarado la emergencia nacional en los EE.UU.

Giorgio Agamben escribió hace unos pocos días una columna que está dando mucho que hablar: «La invención de una epidemia». El autor de *Homo sacer* y *Estado de excepción* sostenía que la emergencia por el coronavirus era frenética e innecesaria. Que el gobierno italiano infundía el pánico a sabiendas. Agamben veía en los periódicos y las calles la plasmación de buena parte de su notable obra postfoucaultiana: una sociedad punitiva y de control devora nuestras libertades mediante la amenaza constante del estado de excepción. Dos semanas más tarde, cientos de muertos y miles de infectados después, Agamben ha comprobado que sus libros, teorías y artículos de la mañana

funcionan mucho mejor cuando solo se ocupan de la metáfora, la alegoría, la hipérbole y demás figuras de la retórica. De hecho, en ese ámbito discursivo la prosa de Agamben es tan perfecta como lo son las manzanas perfectas. Pero basta que irrumpa una epidemia de verdad, basta que Venecia sea de pronto la de aquel Von Aschenbach de Mann y Visconti asediando al joven Tadzio con su mirada lasciva y su sed de belleza para que la teoría se tambalee y el ufano teórico se convierta en hazmerreír de quienes se burlan disimulados tras las mascarillas. No de máscaras precisamente venecianas, sino de esas mascarillas quirúrgicas que antes eran patrimonio de los turistas orientales y ahora lleva cualquier gorda de extrarradio como unas gafas de sol.

A mí me pareció excesiva la mofa de Agamben, debo decir, pero juzgué conveniente el rapapolvo que la realidad propinó a su construcción intelectual. ¿No es precisamente Agamben quien preconiza la nuda vida que es a la vez endeble e insacrificable como lo es casi siempre la verdad puesta en manos de la gente?

Hoy, a punto de que nos encierren en España, el clamor por la servidumbre voluntaria brotaba de la radio y se desparramaba por las pantallitas. Salté de la cama con aquel artículo en mente y me divertí tanto como me espantó ver que a la tesis de Agamben le crecía un enano forzado que venía a apuntalarla por el flanco más débil. El pueblo todo clamaba por la puesta en vigor del estado de alarma, una suerte de estado de excepción porque suprime libertades como la de reunión o libre circulación. Con ello, al presidente Sánchez le pedían a gritos que nos protegiera de nosotros mismos. El pueblo es un artefacto curioso, cuando lo espolean el miedo, el odio, la esperanza. Y ese mismo pueblo le dio la razón al filósofo

romano con magnífica pirueta: no es que la epidemia, pandemia ya, sea una excusa de los poderes para someter y vigilar: ¡es la excusa que pone el propio pueblo para ser voluntariamente vigilado, encerrado, sometido y, a la postre, salvado! Agamben: 1 – El coro: 0. Convendría anotar este episodio para el capítulo de toda sobremesa futura, si sobrevivimos, que aborde la cuestión de la utilidad y los límites de la filosofía.

También me tocó hoy hacer algunas compras, estar pendiente de la llegada de materiales que necesitaré para trabajar en el encierro y llamar a la señora que viene los viernes a ayudar en casa. M. había accedido a mi firme propuesta de pedirle que no viniera a limpiar hoy. Siempre generosa, me sugirió que le dijera que le pagaríamos igual aunque no venga algunas semanas. Pero yo no lo veo así, de modo que me limité a explicar a Carmen que preferimos permanecer aislados y que ya le avisaré cuándo podrá volver. Lo entendió, probablemente con los ojos fijos en la tele y su vírico vómito. Nos instamos mutuamente a cuidarnos, a permanecer a salvo. Es la primera conversación que mantengo con alguien para romper una relación por culpa de la pandemia, aunque haya disimulado con la especie de que se trata de una suspensión temporal. Ello es así porque no sabemos cuánto durará esto, ni si duraremos nosotros. Y cuando corto la comunicación siento un ligero abatimiento, porque he roto algo: la pandemia ha roto algo usándome como herramienta.

A media tarde acudió un mensajero enviado por la editorial a traerme los papeles de Grossman. ¡Toda una caja! El tipo me avisó desde la calle y bajé. Me esperaba de pie junto a la motocicleta de reparto comiendo un bocadillo como si fuera verano en Marbella y pasaran

las rubias y las morenas. Me dio a firmar un recibo, yo no llevaba con qué y me alargó un bolígrafo. Firmé. El bolígrafo estaba como grasiento. Cogí la pesada caja y subí a casa los doce tramos de escaleras para evitar el ascensor. Recordé, sofocándome, que el coronavirus está recubierto por una película de grasa. El bolígrafo sudado me horrorizó. Lo imaginé recubierto de esas esferitas con pinchos que usan los grafistas para retratar a la peste. Me froté las manos con jabón como si borrara la sangre de un hombre que acabara de matar. Después volví a la mesa donde tengo desde hace días un frasco de gel para esterilizar las manos. Lo utilizo precisamente cuando vuelvo de la calle. Ahora, de repente, vi que faltaba. Solo se lo podía haber llevado M., pensé, porque aun siendo viernes Carmen no había venido a limpiar. Llamé a M. y le pregunté por mi gel. «Ah, sí, te lo cogí esta mañana», dijo como si tal cosa. Y por un instante, solo un instante, sentí rabia y sentí miedo. Asustado de mi propio sentimiento, le dije estirando las sílabas: «No vuelvas a coger nada de lo que he comprado para sobrevivir, mi vida, por favor». Y nos echamos a reír, aunque los dos sabíamos que mi risa no era de esas risas de reír. No volverá a hacerlo, estoy seguro de ello. Al menos durante los primeros días de encierro.

Tengo una bicicleta estática. No la utilizaba demasiado antes, pero ahora se convertirá en una herramienta útil para ejercitar los músculos en el confinamiento. La he movido al balcón y me siento a pedalear mientras toqueteo el teléfono. Veo el video de unos macacos en Tailandia que recorren famélicos las calles donde antes los alimentaban los turistas que ahora permanecen confinados o han enfermado o muerto. Un

gran espectáculo apocalíptico el de los dos bandos de monos disputándose lo poco que pueden llevarse a la boca. Uno de los monos se me antojó particularmente desesperado. Pensé que alguna mona le había robado su gel hidroalcohólico. Alguna M. con ganas de anti-séptico. Y apreté el stop. Preferí no saber todavía qué le hizo el mono a la ladrona. Apenas comienza el encierro y no va uno, como un *gamer* glotón, a cargar con todas las armas desde la primera pantalla.

Hoy aterrizó en Roma un avión de China Eastern Airlines con ayuda para los europeos. Treinta y una toneladas de ayuda del gobierno de la China popular a una Europa en estado de excepción. Si alguien tenía alguna duda de que estas semanas también se le inflamarán los pulmones a la geopolítica, ya la habrá visto disipada.

EPÍLOGO

Cuarenta días después de haber escrito la última de las crónicas de este libro, la 40 que acabas de leer, me vi devuelto a la mesa de un restaurante. La cena era clandestina, porque aunque la peste ya mataba solo a la poca gente que pasaba por allí, el Estado aún no permitía dar de comer en restaurantes. Como todo lo clandestino y furtivo, la reunión tenía también algo de artificio y falsedad. Casi todo era impostado allí: el ambiente, pues estábamos solos en un salón vacío; las formas, porque la improvisada carta nos fue cantada y la jefa de sala no iba de uniforme; la cuenta que nos trajeron al final, que estaba escrita a mano en uno de los primeros restaurantes de la ciudad como si fuera una casa de comidas de camino real. Y, sin embargo, lo único que importa de veras en un restaurante, que es la comida, era rotundo y verdadero. Lo eran el salmorejo y su trama de seda, la ensaladilla rusa firme como aquel día la marinería en Kronstadt, los caracoles que guardaban la carne elusiva, los callos con la salsa bien trabada, el *marmitako* como un análisis del arte natatorio. Genuino era también el placer de reunirnos, agasajarnos o, como reza esa graciosa expresión referida a la buena mesa: «darnos un homenaje».

La vuelta a casa después de esa cena marcó el cierre definitivo de la adicional, redundante cuarentena a la que sometí estas páginas y las fotografías que las acompañaron después de enviar las últimas a las once menos dieciséis minutos de la noche del 20 de abril del año de nuestra peste. Releídas entonces a modo de postre, cuarenta días después de los cuarenta, reviví uno a uno los días de encierro y escritura y sometí el texto a correcciones menores. También, preparándolas para este libro, he abundado aquí o allá sumando alguna información que el vértigo del *deadline* operando sobre un estado de ánimo mudable como el de todo preso novato, había omitido.

No habría escrito este libro de no haber sido por la peste. No lo habría escrito de no haber sido porque la aventura de escribir a diario sobre la catástrofe que venía, y cuyo alcance sobre el espíritu privado y las libertades públicas yo desconocía aún, me electrizó en cuanto me pasó por la mente, mientras hacía cola en la carnicería antes del encierro. No lo habría escrito de no haber una revista —*El Estornudo*— y un editor —Carlos Manuel Álvarez— que acogieron la idea de inmediato con entusiasmo. No lo habría escrito, por fin, si no me hubieran pagado por ello.

Fue una suerte haberlo hecho. Me sirvió para registrar el encierro de aquellos días tal como lo viví. Para ver cómo fui aquellos días. Y cómo quise que se me leyera aquellos días. Para leerme en aquellos días de pena y desasosiego, de incertidumbre y rabia. Días de dolor y razón, por decirlo con Brodsky.

El paso de la peste por el mundo nos arrojó de golpe contra la fugacidad de la existencia, la precariedad de la vida, la volatilidad de todo: las palabras, los pulmones y las cosas. Animalitos acorralados, nos encerramos en la cueva donde

nos mandaron a encerrarnos. Cuevas donde las pantallas de los *gadgets*, toda esa superficie *smart* del mundo, proyectaban *news* buenas y *fake news*. Contábamos muertos con afán, incluso cuando sospechábamos —después ya lo supimos con certeza— que nos los contaban mal. Contar muertos parece fácil, porque no se te mueven. Y aun así... Aun así la sensación de estar habitando una ficción nos sobrecogía de tanto en tanto. Tal vez menos de lo que debió hacerlo, se me ocurre ahora, desde la ventaja retrospectiva.

Lo cierto es que vivimos para no morir de la muerte que las primeras semanas parecía llenarlo todo, ocupar todo resquicio del discurso y el mundo material: estaba en cada conversación y en cada pasamanos, en cada sueño y en cada aspiración. Era la prosa y la poesía de un mundo en vilo.

Fuimos todo lo miserables que se puede ser cuando se tiene miedo. «Solo mata a viejos», nos decíamos con el carné de identidad entre los dientes y disimulando las canas. Queríamos que la muerte pasara por delante de nuestra puerta sin reparar en nosotros, como si habitáramos un cuento de hadas, una novela gótica o una serie para adolescentes de Netflix.

Leímos libros. Cocinamos. Vimos crecer arrugas en el rostro y vimos películas. Engordamos. Hicimos gimnasia, hicimos el payaso e hicimos el amor. Pasamos miedo y nos permitimos bravuconadas. Mentimos, también a nosotros mismos. Y nos asomamos a algunas verdades, casi todas ya sabidas, pero que no habían revelado lo útiles que eran. Odiamos a los ministros del mundo que nos confiaban y condenaban a muchos, mientras les rogábamos en secreto que no abrieran la jaula... a los demás.

Nos felicitamos de amanecer vivos. De estar sanos. Lloramos a los muertos.

Y M. y yo, además, lanzábamos un mensaje cada noche desde nuestra caverna, Platón mirándonos, retándonos, mirando el reloj y el calendario, mientras el virus ensombrecía el mundo y sosteníamos la linterna con mano temblorosa.

Quaranta giorni escribí cada noche, cuando el sol se ponía. En aquellos días en los que pareció tantas veces que se ponía para siempre.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
Palomos copulan en el techo de la iglesia	11
DÍAS DE CORONAVIRUS. UN ITINERARIO	15
1. Desperté con un ánimo estupendo	17
2. Esta medianoche nos habrán encerrado	21
3. A primera hora de la tarde se filtró el borrador	26
4. Hoy el confinamiento transcurre en domingo	30
5. Cuando se trabaja en casa	35
6. Esta mañana llovía y me pregunté si la lluvia	39
7. Pascal escribió que la mayoría de los problemas	42
8. No deja de ser curioso que sea en <i>El Estornudo</i>	46
9. En el hemisferio norte	50
10. Se me terminó la mermelada de higos	55
11. Básicamente, el virus es un trocito de ARN	59
12. Cuando la radio me despertó esta mañana	62
13. El virus no distingue entre nosotros	66
14. Un palomo copulaba con una paloma	69
15. Salté de la cama con la energía	73
16. Esta mañana, mientras leía los periódicos	77
17. Bajé de casa a que Bruno se aliviara	81
18. Fue domingo de nuevo	86
19. La peste solo quiere que hablemos de ella	90

20. Después de tantos días	95
21. Tengo un mensaje	99
22. Nombrar la pandemia y denunciarla	104
23. Hoy la mañana me trajo esperanzas	108
24. Cuando principiaba este año de la peste	113
25. Este confinamiento comienza	117
26. Hoy desayuné repasando a Foucault	121
27. Los asintomáticos podrán ser aislados	125
28. La televisión, que ya veíamos poco	128
29. Somos figuritas inmóviles en el paisaje	133
30. Aún desde la cama	138
31. Desayuné helado	143
32. Soñé que iba en bicicleta calle abajo	147
33. Anoche la peste se llevó a Víctor Batista	151
34. Leí un rato en la cama antes	155
35. La esperanza de que un aumento	159
36. Por la mañana, duchado y animoso	164
37. Amanecí con un fuerte dolor	169
38. Bajamos con Bruno a primera hora	173
39. Fue aspirar el aroma del café	177
40. Amaneció un día de perros	182
EPÍLOGO	187

